Desierto Malva

Texto Mariela Oliva
Junio 2010

Instrucciones: - Elegir un personaje - Hacer una descripción del personaje - Elegir objetos y lugares posibles para ubicar la presencia de ese personaje - Imaginar un posible encuentro con el personaje - Imaginar un posible diálogo.

Imágenes afectivas-recuerdos **Primera lectura**

Desierto Malva y su horizonte, trajo a mí, me sustrajo, me devolvió momentos. Experiencias de la vida que sobrepasan el peso de nuestras ideas, de nuestros pensamientos y con ello nuestras suposiciones se desequilibran, no hay control. Recorrer nuevos senderos o aproximarse no sin asombro a los intersticios del pasado en el presente. El miedo ya no es el mismo. El amor olvida el miedo, recupera anhelos.

Recuerdos, búsquedas, sueños, sentimientos de unidad. Silencios en cuyos espacios se dibuja el deseo, un deseo de juventud, de experiencias intensas. El deseo de encontrarte, ese deseo que se eleva y en su vuelo uno no teme la caída, un trozo de vida, te di mi vida, me pude expresar a través de ti. El deseo inmóvil y quieto de la memoria atormentando la noche, vuelve el día y renace, inquieto, travieso, inmenso.

· Mariela Oliva, es mexicana, estudia su licenciatura en Pedagogía y su maestría en Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Haciendo de estos estudios un diálogo entrecruzado con otros registros, otras inquietudes, principalmente la del cuerpo y las pasiones humanas, el deseo y la conciencia. Es Instructora psico-corporal del Sistema Río Abierto México desde 2004. Se formó como maestra de Yoga en Yogaespacio México con la Maestra Jñanadakini y ha tomado cursos de especialización en yoga terapéutico con el Maestro David Mcammond (Canadá) y en Yoga Iyengar con el Maestro Dharmapria.

Imparte cursos de Introducción al pensamiento filosófico e historia de las ideas, es profesora fundadora del proyecto educativo de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México e investigadora de la Academia de Filosofía. Maestra del Colegio de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Ha combinado su investigación psico-corporal y terapéutica con diversas técnicas de trabajo corporal como: Danza Contemporánea, Danza Japonesa Butoh, técnica teatral "Dojo" de Pol Pelletier, trabajo de voz, bioenergética y meditaciones de Osho.

Actualmente centra su propuesta de trabajo e investigación en el estudio de la filosofía, el cuerpo y los afectos principalmente a partir de la metafísica y ética de Spinoza como anticipación a las psicoterapias del siglo XIX y XX. Así como en el desarrollo de metodologías de aprendizaje que recuperen el cuerpo y las emociones en la construcción de las subjetividades individuales y colectivas desde la educación, el arte y la filosofía.

El amor imposible, el imposible amor que ya te tuve y que aún tengo, que a veces se manifiesta al mirar tus ojos. Desplazamientos de lo real. Recuerdos de tu ausencia.

La Realidad, juego del tiempo, temporalidad acechante. Volver al origen, olvidarme, olvidarte, recuerdo esa canción ...se me olvido olvidarte... no quería, no podía. Será preciso atender la memoria del cuerpo, de la carne, nunca he querido la ausencia, tu ausencia, la pérdida, pero tampoco ya el dolor, menos la indiferencia. ¿Qué es el olvido? La sombra del recuerdo. Sentimientos contradictorios, difusos y claros palpitan en mis pliegues, en mis neuronas.

Conocí el desierto, el desierto de San Luís Potosí. También el color malva que se dibujaba cada mañana, incluso por las tardes al caminar sin rumbo. El sol, la luz, el viento, los cantos de las aves, la hierba seca rodante, el Peyote, las espinas, la montaña extendida como un gran elefante. Las pequeñas casas, el gruñir de las paredes viejas, lo abandonado.

Cuando llegaba la noche, los viajeros viajando, entre alcohol y marihuana, algunos mezclando todo, la mezcalina, esa medicina de los ancestros, que justamente se olvidan, los olvidamos.

Los colores del crepúsculo, las gotas de lluvia en la tierra, en las flores, olor a tierra, a leña, el fuego.

Recuerdo aquél horizonte que irrumpió ante mis ojos, la mirada, el asombro, una sensación de presencia de lo eterno. Bajábamos a gran velocidad, yo subía, era en una camioneta blanca del pueblo, nos dieron aventón.

Nous redescendons à vive allure, dans une camionnette blanche, de ces vieilles camionnettes qu'ils ont au village. Ils nous avaient pris en chemin, mon amie et moi. Ils nous avaient fait monter derrière. Nous redescendons au village à vive allure, je m'élevais.

Entusiasmo, risas, éxtasis. ¿A dónde vamos? me preguntaba, dentro de mí se abría un universo desconocido, - como al pueblo - de verdad. Me siento feliz.

Sí, el horizonte pleno, violeta, luminoso, estallaba la luz sin cegar los ojos. Despertar. Corazón palpitante. Sueño de los mundos, otros mundos entretejiendo los deseos, transformándolos en infinito encanto.

En el desierto se nace y se renace, plenitud e instante.

Al caer la noche emerge el miedo, los silencios, las miradas misteriosas, los deseos ocultos. Rugen las sombras, se guardan los animales, las aves claman en su apoteótica llegada a cada árbol, cada nido, la iglesia fría y lúgubre como sí cada imagen guardara los pecados de los fieles en su estática figura. Los hombres fuman. Salen los fantasmas, uno a uno, la mentira, el temor. Fue hace años pero lo recuerdo bien. Esos hombres ya muertos.

La memoria que se vuelca y el tiempo vuelven a detenerse, a mirarme. Ahora los trazos, los vestigios, palabras en el vacío.

Este libro, *Desierto Malva – Horizonte*, me ha traído a lugares en mi mente, en mi memoria, lugares andados, imágenes, experiencias y amores. Los caminos que se pierden, los que te encuentran. La alegría de aquél horizonte acariciando mi corazón, el miedo de aquélla noche, el copal que me protegía.

La verdad del desierto en tan sublime, tan expansiva.

Otras memorias, las mujeres en mi vida, y tú especialmente, amor de mis silencios, fantasía, piel entre mi piel. Te extraño, ahora me doy cuenta que te

he extrañado tanto, ese espacio nuestro ahora olvidado, donde había lugar, calor, esa suavidad cálida, la ternura de tus manos entre mis piernas, el viento en tu mirada, la desnudez, el gozo de las noches a tu lado. Tiempo, ha pasado el tiempo. Me enamoraré otra vez, intensamente y estarás conmigo, lo sé, de otra manera, sin dolor, ni miedo, entonces no te extrañaré, ni moriré por tu ausencia.

Me disuelvo en el sueño, en el deseo, para despertar y volver a la realidad, a la aridez. No puedo olvidar soñar el alba, esas miradas que hacen temblar el alma, que la hacen vibrar, acceder a la explosión. Esas miradas están antes del olvido como la belleza de la realidad. La presencia.

Imágenes-interpretación

Segunda lectura

En mi segunda lectura, me vuelve atrapar *el desierto*, pero más *el horizonte*, *Malva*. Descubro un silencio, un silencio constante en todos los personajes e incluso un silencio oculto en Laure Angstelle y en Maude Laures, en ella más un silencio angustiante, aunque más preciso.

Un silencio que alcanzó a percibir, que sostiene la trama, las imágenes y todas las pasiones que se mezclan en el agua de la piscina, en la velocidad del Meteor, en el televisor, en el calor y en las noches. Todo es posible y nada, inventar la trama. La lágrima y el llanto que se pierde, la oportunidad del abrazo, las lágrimas que no se lloran. La Belleza es como un suspiro, en desierto malva, o como si el alba se adueñara de ella.

El silencio y la belleza son en el desierto como una experiencia de la pureza, esa pureza femenina de todas las cosas vivas.

Me lleva a intuir, a descifrar, las palabras que no alcanzan o que alcanzan demasiado. El miedo que no alcanza a tocar la vulnerabilidad, que se rinde ante la inocencia. La inocencia y la fuerza de Melanie. Su soledad es la de todas, encarnada en la rapidez con la que recorre el día y la noche, con la que desesperadamente busca escapar, alejar de sí el amor de una madre temerosa, ausente para ella. Cansancio, la voz de Lorna, la ausencia de la Madre.

Una misma historia, todas pueden ser Melanie, todas se desnudan ante los ojos de la joven.

Una misma historia y al mismo tiempo dos historias distintas en un mismo libro, las voces acceden a otros sentimientos, su expresión varía. Los rostros y la expresión de los mismos divergen señalando otros caminos, otros horizontes, otras geografías del cuerpo y del deseo. Tal vez los silencios remiten a experiencias vitales de dos mujeres completamente diferentes, Laure y Maude no se conocen, sin embargo se reconocen.

Percibo que la presencia y el silencio es diferente en Laure Angstelle y que Maude Laures con Malva, el horizonte, se apropia con tal intimidad que lo hace suyo, en ella habitan los personajes desde otro lugar interno, yo diría que con trazos precisos, quizá duros, como sí quisieran decir algo más o abrir un espacio a la razón, los por qué.

Ambas evocan la naturaleza de lo femenino, los sentimientos de renuncia, la certeza del abandono, son las mismas imágenes donde la intensidad traza matices distintos, el sentimiento entonces se expande y se repliega a la vez, se concreta, se realiza.

Ahora tengo que escoger a una de las mujeres de esta novela y no sé cuál, no sé aún con cual me identifico, siento que me identifico emocionalmente con todas. Sin embargo una de ellas y su relación con Melanie, y con toda la trama es la que me inquieta más, Angela Parkins, ella es el límite, va al límite y se atreve cada vez a cruzarlo, me gusta.

Personaje Angela Parkins

Descripción

Angela Parkins, es una mujer guapa, a pesar de ser Norte Americana tiene rasgos hispanos, sus cejas enmarcan unos ojos penetrantes, negros, profundos, su cabello es rojizo largo y quebrado, sus hombros son fuertes, así como sus brazos. Es delgada y su cuerpo refleja la intensidad de la carne, de la tierra, sus llanuras, sus lagos, sus montañas, un cuerpo que expresa su deseo. Su piel es cálida, su pecho muestra la valentía que habita en su corazón, sus manos son expresivas, venosas y delicadas a la vez, ella conoce de planos, de figuras, de trazos, de imágenes que se construyen y se deconstruyen en la mente de los hombres, la mente de su padre, que era arquitecto, ella crea e imagina otras figuras, "figuras de lo imposible", geometrías del infinito. Su voz es grave, hay coraje y sensualidad en sus palabras. Es una hermosa mujer, que sabe del dolor de las pérdidas, madura e intensa.

Desde que se mudo siendo niña con su Padre a Arizona, después de que su Madre muriera, abandono los tenis por las botas, aprendió a caminar con ellas. Le gustan por la piel y por ser rudas, como su Padre. A veces usa el sombrero que él siempre usaba cuando lo acompañaba a ver el atardecer.

Aprendió a amar el desierto, su amplitud, sus formas, sus cambios constantes, su capacidad de absorber los miedos y lo insensato de la vida, lo insoportable de ella y transformarlos en un horizonte de plenitud, donde el día y la noche mantienen su complicidad originaria.

Ella es *fast so fast and sharp so sharp*. "La realidad es un pequeño fuego de pasión que pretexta". A explorado la naturaleza de su intimidad, de su ser, sabe el origen de su naturaleza salvaje. Brama. Conoce el viento frío que se apodera del tiempo ante una pérdida, supo dialogar de ese temor con la noche del desierto, "Desde muy joven aprendió a amar la tormenta".

Lugares y objetos:

- Su casa en el desierto, una de esas antiguas haciendas del siglo XVIII, cerca del pequeño pueblo. Se la heredo su padre al morir, no es muy grande, ella habita sólo una de sus partes, la casa y el patio principal, lo demás esta abandonado, abandonado a la sed de vida del desierto.
- Un jeep viejo, en el que hace sus viajes por diferentes carreteras, dependiendo del trabajo con las empresas constructoras.
- El sombrero de su Padre, piel de vaca, café oscuro, tipo vaquero pero discreto.
- Sus dos pares de botas, unas negras y otras cafés.

- Fotos de pequeña con su Madre en Los Ángeles.
- Tabaco *American Spirit*, le gusta forjarse sus cigarros.

Encuentro:

Me imagino el encuentro de Maude Lares con Angela Parkins. Maude acepta la invitación de Angela a su casa en el desierto. Ha llegado el verano, es media tarde, platican, anochece, ellas disfrutan el encuentro, permiten que la noche las abrace en un diálogo sobre la vida. Música de Bob Dylan a Angela le encanta Dylan, el espacio del silencio entre las notas, las palabras, el secreto del arrobamiento, elevarse, silencio. Palabras de la memoria, el tiempo, el amor, el deseo. La noche las mira, ellas se miran, se intimidan una a otra, se atraen, se admiran.

Diálogo:

- Qué hay allá afuera, pregunta Maude.
- La noche del desierto, contesta Angela, mientras destapa otra cerveza y baja el volumen a Dylan.

Se forja un cigarrillo.

- No gracias, estoy bien
- Me gusta que estés bien, déjame mirarte, -suspiro- silencio.

- He visto mariposas brillantes en sus noches insólitas, volví a nacer en el desierto, lo amo.

Me resisto a perderlo, lo necesito, es mi vida, nos necesitamos.

I had a dream.

- Un sentimiento de completud.
- Sí, nunca me dejo huir.
- La belleza y el dolor –"*había entrado ahora en el miedo de lo indecible*"-
- Angela inhala de su cigarrillo, se levanta, camina hacia el desierto, se detiene y levanta su rostro hacia el cielo estrellado, exhala el humo, como elevando su silencio, sus brazos se disuelven en el viento, respira el silencio.

Regresa disfruta su cerveza.

- Veo magia en tus ojos, ¿no sientes miedo?
- No, me he buscado a mi misma y me encontré capaz de transformar los miedos que rompen y quiebran. Busco mi visión, suelto y me entrego al abismo interno, el misterio que me habita, ahí se quien soy.

Ahí me encuentro con el horizonte, siempre único.

- Ven, bailemos esta canción, bailemos esta noche.

No hay error en el desierto.

Maude accede, un poco tímida, se siente ligera, cómoda, tranquila, ya no piensa.

Apertura, sincronía.

La noche se extiende, los labios se besan, los cuerpos se entregan, disolverse, perderse.

"La belleza estaba antes que la realidad".

Le désert mauve, son horizon, me donne et me prend, me donne, je donne, me révèle, me révèle des moments, des expériences de la vie qui ressurgissent et dont le poids surpasse celui des idées – de mes pensées même – un poids qui ébranle, les certitudes surtout, il n’y a plus de certitude, plus de contrôle, seulement des sentiers – que je ne connaissais pas ou dont je ne me souvenais plus – par lesquels j’avance, étonnée, surprise mais sans peur, vers ce que le présent contient de passé. La peur déjà n’est plus la même. L’amour me fait oublier la peur, réactive mon désir. J’avance étonnée retournant sur mes pas, retrouvant l’amour impossible, impossible entre toi et moi, l’amour impossible que j’ai eu pour toi, que j’ai toujours, qui si facilement s’agite en moi quand tu me regardes. Cela suffit. Tu me regardes, j’oublie la peur, le désir déplace le réel, le place à côté. Le désir me rappelle ton absence.

Des souvenirs surgissent sans que je les appelle, à travers eux je cherche, je te cherche, ce sentiment d’unité, je te rêve, c’est toi, superbe, toi fortement qui surgit, qui entre par ce silence, l’ouverture du silence, des ouvertures où se dessine le désir, de jeunesse, le désir de posséder la jeunesse, des expériences intenses, de te rencontrer, à nouveau, toi intense, un désir qui s’élève, qui m’élève et prenant mon vol je n’ai pas peur de la chute, un morceau de vie, je t’ai donné ma vie, à travers toi j’ai su m’exprimer, dire et vivre. Un désir, immobile la nuit, silencieux, lové dans la mémoire tourmentée, se réveille et renaît le jour, inquiet, tortueux et immense.

La réalité. Le jeu du temps qui me guette, le temps qui par dessus mon épaule me surveille, m’assèche, m’assoiffe. Retourner à l’origine, oui je le dois, m’y oublier, t’oublier, me souvenir d’une chanson... mais j’oublie de t’oublier, toujours j’oublie et puis, je ne veux pas, ne peux pas, je résiste, un jour je le ferai, je le sais, je m’attaquerai à la mémoire du corps, serai précise ce faisant, irai jusque profond dans la chair : jamais je n’ai voulu l’absence, ton absence, la perte ni la douleur, encore moins l’indifférence. J’irai profond dans la chair. Qu’est-ce que l’oubli ? L’ombre du souvenir, des sentiments contradictoires, diffus mais clairs, grouillant dans les replis de mes neurones.

Des expériences intenses.

Je n’ai pas oublié le désert, celui de San Luis Potosi. La couleur mauve aussi. De larges traits de mauve appliqués chaque matin et ressurgissant souvent, sur la fin de l’après-midi, me surprenant le soir alors que je marche au hasard. J’ai connu le soleil, la lumière, le vent, le chant des oiseaux du désert, les herbes sèches que le vent accumule et pousse en boules à travers le désert, le Peyote, la montagne paresseuse étendue comme la silhouette d’un grand éléphant. Les maisons petites et vieilles, le grondement de ces maisons, la grogne des choses abandonnées, de l’abandonné.

Quand tombe la nuit, les voyageurs voyagent entre alcool et marijuana, d’autres vont plus loin, mélange tout, se lance : mescaline, cette médecine des ancêtres qui justement sont oubliés.

Les oubliés.

Je me souviens du désert. Les couleurs au crépuscule, les goûtes de pluie bues par la terre, par les quelques fleurs, l’odeur de la terre, du bois de chauffage, du feu. Je me souviens de

cet horizon surgissant devant mes yeux, le regard, l'étonnement devant cette sensation que l'éternité existe, qu'il m'est impossible d'être éternelle.

Sur la montagne, j'ai accompli les gestes du rituel, avalé le Peyote.

Puis à toute allure nous retournons au village, à toute vitesse nous descendons la montagne. Je descend et d'un même mouvement je m'élève. Ils nous ont dit « montez ». Nous sommes montés. À l'arrière d'une de ces vieilles camionnette blanche qu'ils ont au village, nous sommes montés. Nous redescendons vers le village.

Nous sommes montés, nous descendons, je m'élève.

Je m'élève, les effets montent en moi : fièvre, rire, extase, où va-t-on ? je demande. À l'intérieur se révélait un univers inconnu – comme au village, mais différent – d'une grande vérité.

J'étais heureuse.

Je descends, je m'élève, le soleil tombe et tombant il emplit l'horizon, active les violets, une lumière qui ne permet pas aux yeux de se fermer. S'éveiller. Je m'éveille le cœur palpitant. Éveiller je rêve d'un monde, d'autres mondes, de mondes autres qui garde incandescent le désir, en font des chants infinis.

Le désert permet à la plénitude et à l'instant de naître et de renaître.

Mais avec la nuit vient la peur. Les visions. Tout change, se déforme, se reforme. Pas des visions, mais une altération plus forte qu'à l'accoutumé de la réalité. Une altération que je fuis en me réfugiant dans l'église. Froide. Là, des images. Froide et lugubre l'église parce que les images, oui, renferment dans leurs formes – les portraits, les scènes figées –, les péchés des fidèles. La terreur reste. Je sors. Dehors, les hommes fument, sortent de leurs bouches les fantômes, un à un, le mensonge, la terreur. Il y a des années de cela. Je me souviens très bien. Ces hommes qui déjà sont morts.

La mémoire se fige, concentrée, et le temps de nouveau s'arrêtent. Maintenant encore, les traits, les vertiges et les mots demeurent suspendus au-dessus du vide. Je me souviens très bien. Autour du feu, les hommes fument. J'ai trouvé du copal – l'encens oublié des ancêtres – j'ai allumé le copal, sa fumée me protège. Les images ne me troublent plus.

J'ai connu le désert de San Luis Potosi. Je t'ai connue. Je t'ai vécue comme j'ai vécu le désert. Je t'ai vécue, tu m'as vaincu. Nous ne sommes pas quitte. Ce livre, *Le désert mauve*, m'a mené en des lieux de ma conscience, de ma mémoire, m'a mené par des chemins qui m'ont perdue, qui m'ont trouvée, en des lieux déjà parcourus mais qui déjà ont pris une autre forme. Je pense aussi aux femmes de ma vie et tout spécialement à toi, amour de mes silences, fantôme, peau contre ma peau. Tu me manques. Maintenant je me rends compte à quel point. Cet espace à nous, maintenant perdu, cette sensualité caressante, le rugueux de tes mains, tes mains entre mes cuisses, le vent dans tes yeux, la nudité, la joie (oui, la joie) des nuits à tes côtés. Avec le temps, de nouveau, je serai amoureuse. Intensément. Et ce sera

avec toi, je le sais, mais d'une autre manière. Sans douleur ni peur. Tu ne me manqueras plus. Je ne mourrai plus.

Je me dissous dans le songe, dans le désir, cela pour m'éveiller à nouveau à la réalité, son aridité. Je ne peux oublier que j'ai rêvé de l'aube, de ces regards qui font trembler l'âme, la font vibrer, accéder à l'explosion.

Ces regards sont avant l'oubli comme la beauté est avant la réalité.

La présence.